



## Reflexiones sobre el escepticismo en política

*Franco Gamboa Rocabado,*

Sociólogo político, miembro de Yale World Fellows Program,  
[franco.gamboa@aya.yale.edu](mailto:franco.gamboa@aya.yale.edu)

Hoy día existe una ola de sentimientos apocalípticos pues gran parte de la gente se siente amenazada, ya sea por un súbito ataque terrorista o por explosiones sociales donde la seguridad personal y los derechos humanos distan mucho de estar garantizados por completo. Nace así un fatalismo sutil o abiertamente declarado frente a las actitudes intransigentes y la complejidad actual que envuelve en un remolino de incertidumbre a todas las viejas certezas que se caen como escamas inservibles a nuestro alrededor; sin embargo, esto no quiere decir que debemos escondernos en las angustias del pasado, rezando para el renacimiento de las fuerzas de un Estado protector y el regreso de las ideologías dogmáticas siempre disponibles para ofrecer soluciones ficticias al calor del autoritarismo, el liderazgo mesiánico y el populismo irresponsable que ofrece cualquier cosa sabiendo que no puede cumplir nada.

Todo desconsuelo moral e indignación con las actuales formas de hacer política deberían convertirse en “escepticismo político”, es decir, en una forma de resistencia para transformarse en un fenómeno supra-individual. El escepticismo significa no creer en todo lo que brilla



pareciéndose al oro, es dudar de una felicidad absoluta, desconfiando de supuestas fuerzas que nos permitirían alcanzar un edén sin contradicciones y especialmente sin esfuerzo. El escepticismo es un clima de opinión cuyo proyecto y sugerencias tienden a construir una “actitud política” sustentada en la prudencia, vigilancia, reconocimiento de nuestros límites y posibilidades escasas, sabiendo que somos seres finitos y moriremos en cualquier momento. El escepticismo es todo lo contrario de la estúpida inmortalidad en que creen habitar los líderes orgullosos de sus vanidades.

En consecuencia, la crítica impenitente es el sello del escepticismo que jamás pensará en instaurar paraísos sociales, sabiendo que la naturaleza humana es hipócrita y cambiante según el oportunismo del momento. El escepticismo político no trata de resolver los problemas por medio de soluciones inmediatas, ni tampoco busca adormecer las voluntades bajo el manto del conformismo cobarde o el aburrimiento que clausura la existencia dentro de una vida abúlica y llena de superficialidades.

El escepticismo también es una búsqueda espiritual que permite consolidar la conciencia; esto quiere decir que la mente abierta hacia las novedades, el conocimiento y la honestidad, se aleja de toda creencia cerrada. El escepticismo que irrumpe con el final de las ideologías del antiguo sistema de valores fundados en fines absolutos: meta-historia, comunismo, revolución, desarrollismo y crecimiento económico a toda



costa, debería convertirse en un estímulo para reflexionar sin ataduras, absteniéndose de participar en las aclamaciones que rinden pleitesía al statu quo y al avance neoconservador que pregona la inutilidad de cualquier reforma o cambio. Si queremos cambiar, cualquier cambio debe comenzar en las ideas, la convicción y la mente donde el escepticismo da inicio a un aprendizaje maduro sabiendo que todo es pasajero e indeterminado.

Desde una perspectiva manifiesta, el escepticismo político se expresa en las críticas que la sociedad civil plantea a las instituciones democráticas y hacia el sistema de partidos políticos. El escepticismo estimula el cambio por medio del cuestionamiento al desempeño mediocre de las instituciones y los líderes, pues tiene los pies sobre la tierra para no hacerse embaucar con inútiles promesas.

El escepticismo demanda recambios ideológicos y nuevas mentalidades, es decir, pide una nueva moral y una política diferente que reconcilie el conocimiento de la realidad con soluciones parciales pero concretas y para casos específicos. Si hay un verdadero enemigo del escepticismo es aquella forma de hacer política que cree en transformaciones revolucionarias y profundas para marcar la historia, cuando a lo que se llega es a una equivocación violenta por forzar supuestas revoluciones sociales.



## El escepticismo paralizante de H.C.F. Mansilla en Bolivia

Quienquiera que haya tomado tranquilizantes alguna vez, ha experimentado un proceso de relajamiento tal que, muchas veces, es indescriptible la sensación de sosiego y alejamiento de la realidad. Los párpados se cierran levemente y, de pronto, uno va ingresando vertiginosamente dentro de una dimensión de inacción, parálisis de los músculos o debilidad de la voluntad que nos reconcilia con aquel merecido descanso, completamente alejado del estrés y la desesperación de la vida cotidiana.

No solamente podemos paralizarnos con un conjunto de fármacos relajantes, sino también mediante ciertas drogas prohibidas al dejarnos llevar por el suave éxtasis del opio, la heroína y, por qué no, a través de la lectura de libros cargados de sarcasmo, exceso de ironía o escepticismo como muchas de las tesis filosófico-críticas del escritor boliviano Hugo Celso Felipe Mansilla, cuyo estilo ilustrado lo coloca en el pedestal de la crítica convertida en ineludible profesión.

En la actualidad, es Mansilla quien encabeza el grupo de los principales opositores teóricos hacia una próxima ejecución de la Asamblea Constituyente. Esto era de esperarse porque su pensamiento se enmarca dentro de tres áreas del escepticismo y el desencanto: las tesis del *efecto perverso*; sus posiciones pesimistas que giran en torno a la *futilidad* de toda propuesta de cambio revolucionario o intento de



transformación duradera; y las *tesis del riesgo* en que caerían la política y filosofía postmodernas, donde Mansilla se identifica con una nostalgia por la aristocracia libre de perturbaciones amenazadoras.

### **El espíritu perverso**

Es muy complejo evaluar los más de cuarenta libros publicados por Mansilla en Bolivia, América Latina y España desde 1970. Sin embargo, al reflexionar sobre “Modernización y progreso en cuestionamiento”(1984), “Los tortuosos caminos de la modernidad”(1992), “Autonomía e imitación en el desarrollo”(1994), el artículo “Aforismos sobre el poder y sus tentaciones”(1997) y “El carácter conservador de la nación boliviana”(2003), Mansilla muestra cómo el capitalismo, la vida moderna y el socialismo como intento de industrialización acelerada y totalitaria, no han hecho otra cosa que construir monstruos deformes, muy lejos del optimismo que la conciencia colectiva tiene sobre la modernización y el logro de una sociedad más humanitaria. Esto hace que dichos libros entiendan a la perversidad como un conjunto de acciones deliberadas para mejorar algún rasgo del orden político, social o económico, pero que solamente sirven para exacerbar lo más negativo de las condiciones que se deseaba remediar.

Para Mansilla, las sociedades premodernas, el subdesarrollo, la percepción social de los fenómenos ecológicos y una eventual superación



de nuestras tradiciones autoritarias que vienen desde la colonia española, terminan por convertirse en fenómenos contradictorios a los que se opone otro tipo de reacciones igualmente fuertes, por lo cual siempre terminaríamos en una situación perversa y destructiva.

A esta tendencia de la perversidad también se suman sus novelas como “Laberinto de desilusiones”(1984) y “Consejeros de reyes”(1993), que destacan por sus afirmaciones contundentes en contra de las utopías revolucionarias y la maldad innata que tiene la acción política al embelesar a todo ser humano con las promesas del poder, y generar un resultado totalmente opuesto al bien colectivo y al cultivo de la virtud en cualquier hombre. Por ello Mansilla sentencia: *“¿no estoy ya en medio de la pestilencia más atroz que es el deseo de gobernar y mandar y en el fondo del saco de pus que es el poder? ¿No me hallo acaso, como lo manifiestan las pesadillas, en lo más hondo de un pozo repleto de cadáveres (...)”*, todos ellos víctimas de los efectos perversos de la política?

### **La espiral envolvente llamada futilidad**

La segunda tendencia que caracteriza al trabajo crítico de Mansilla son las tesis sobre la futilidad. Éstas sostienen que las tentativas de transformación social revelan una esperanza que está inválida porque, sencillamente, no logra hacer casi ninguna *mella* en una realidad enferma de vulgaridad, donde la hipocresía de profanos



líderes y el compromiso disfrazado de utilitarismo, no favorecen sino los intereses más mezquinos que socavan las buenas intenciones para luchar por el cambio.

Los remolinos de la futilidad absorben las reflexiones de “La cultura del autoritarismo ante los desafíos del presente”(1991), “Posibilidades y dilemas de los procesos de democratización en América Latina”(1991) y “Tradición autoritaria y modernización imitativa”(1997), donde se burla de toda voluntad humana que busca la megalomanía socio-política porque puede “(...) *degenerar en fuerzas demoníacas y autodestructivas mediante el mal uso de los avances tecnológicos. El hombre, como ser finito y, simultáneamente, inclinado al desacierto, a la soberbia y a la sobreestimación de sí mismo, tiende a considerarse la consciencia y el telos del universo, y puede, por lo tanto, transformarse en un ídolo altanero que siente apetito por sacrificios sangrientos y que pretende la mutación del universo según sus fantasías insanas*”.

Como columnista, Mansilla también explicó con total dramatismo que la esperanza no es otra cosa que *una forma de vanidad*, frente a la cual todo esfuerzo de cambio cae atrapado dentro de la cloaca maloliente del *preconsciente colectivo*, escenario de valores preconcebidos que impedirá los intentos por superar nuestra cultura política autoritaria, regazo donde la mayor parte de nosotros se niega a abandonar el centralismo estatal, patrimonialismo, irracionalismo,



machismo y las corrientes antidemocráticas que representan los enemigos más peligrosos del pensamiento crítico.

### **El miedo al riesgo como sedante**

El tercer rasgo que distingue al escepticismo de Mansilla es la tesis del riesgo. Sus libros como “Espíritu crítico y nostalgia aristocrática”(1999), “Lo propio y lo ajeno en Bolivia”(2000) y “La difícil convivencia”(2000), argumentan que el costo del cambio o reformas planteadas por las ideologías nacionalistas, socialistas o liberales contemporáneas, es demasiado alto llegando a poner en peligro algún logro previo y, sobre todo, lo más apreciado de las épocas aristocráticas.

Mansilla desconfía sin contemplaciones de las teorías sobre la postmodernidad y de cualquier ambición por mayor participación popular que reducen lo racional a las posiciones endebles del relativismo y al multiculturalismo considerado como una doctrina que no busca una genuina comprensión tolerante y democrática del Otro, *“sino una forma elegante, congruente con las modas intelectuales del día, de indiferencia ética, pereza intelectual y de evitar toda responsabilidad seria”*. De esta manera, el escepticismo de Mansilla siempre criticará a las proposiciones políticas como el Referéndum y la Constituyente.





Frente a los efectos perversos y sueños fútiles de un orden social mejor, Mansilla también considera que las teorías indigenistas son ilusiones ingenuas porque todo retorno a un periodo que exalte a las culturas andinas sojuzgadas, simplemente es otra calamidad que se agrega a nuestra contradictoria vida moderna.

La crítica conduce a Mansilla hacia la búsqueda de lo más fino de una aristocracia o monarquía que, supuestamente, puede “(...) *preservar valiosos elementos del mundo no racionalizado instrumentalmente y contribuir a dar un sentido de continuidad e identidad a la comunidad (...) precisamente porque contiene valores estéticos superiores y porque simboliza la continuidad con el pasado histórico de toda la humanidad*”.

Esta visión aristocrática como *lugar de paz* nunca superará el miedo al riesgo de ensayar nuevas propuestas, por lo que para Mansilla, la acción política continúa siendo un campo de batalla improductivo. Si la práctica política siempre es contraproducente, surge una profunda visión trágica y, al mismo tiempo, nihilista que prefiere reposar en las fronteras de la inacción, en el espacio soporífero de la ironía que buscará siempre desenmascarar las mil mentiras de nuestra realidad pero dejándola tal como está para no empeorar las múltiples gangrenas de la sociedad.

Todo se paraliza y la crítica va convirtiéndose en un sedante mágico que prefiere el aposento caliente de las ideas. Dentro del



pensamiento de Mansilla se ha consumado así un aletargamiento decidido a negar la *voluntad por hacer* y que, posiblemente, termine como su maestro Herbert Marcuse ya lo previó, reduciendo la crítica a una forma de entretenimiento.

El escepticismo del filósofo H. C. F, Mansilla nos ayuda, sin embargo, a decir de una vez que necesitamos un respiro para decir las cosas como son, sin tapujos ni dogmas o temores estúpidos. Aquí es donde ingresa nuevamente la posición escéptica que permite indagar buscando verdades que, por supuesto, no serán jamás alcanzadas con plenitud porque es imposible adivinar el conocimiento del futuro.

El escepticismo se materializa en una conducta que pretende labrar la conciencia en el campo de la curiosidad, del relativismo y del reconocimiento de las profundas limitaciones que acompañan la vida humana, ya que tiene siempre en la memoria el derrumbe de las utopías absolutistas y los proyectos totalitarios del socialismo o el etno-nacionalismo que abrigaron un cúmulo de mentiras sobre una serie de cambios que no fueron duraderos ni tampoco justos en el largo tiempo.

### **Conclusiones escépticas sobre la complejidad actual**

El creciente avance del escepticismo en una cultura compleja y en medio de escenarios plagados de incertidumbre, no es una rebeldía sin rumbo, sino más bien uno de los efectos de la democracia política que



exige tolerancia y aceptación de valores e ideas diferentes a nuestras convicciones consideradas como verdades inmutables. Por lo tanto, el relativismo es el complemento necesario del escepticismo y ambos representan los valores de una sociedad democrática, intentando asegurar la convivencia civilizada entre las personas, grupos étnicos, religiones, filosofías y demás creencias que apuntan hacia la posibilidad de un mundo más humano.

En el centro de la sociedad relativista se levanta el escepticismo fuertemente ligado, más que con el pesimismo o los arranques de subversión violenta, con la desmitificación de la realidad política, económica y social. El relativismo y escepticismo democráticos inauguran inéditos momentos de divergencia pero al mismo tiempo, de aceptación del (los) otro (s).

El escepticismo puede ser cultivado en discusiones que cuestionen todo el orden social y político donde se instauren libremente situaciones de una activa opinión pública informada, contagiando un suave aire de incredulidad en las esferas familiares, el trabajo, las asambleas políticas, los ámbitos académicos y la propia conciencia individual.

Tal vez el caudal más favorable del escepticismo político es su capacidad para generar un conjunto de opiniones públicas responsables a través del diálogo. Sin embargo, el escepticismo no es de ninguna manera una conducta que colinda con el nihilismo, es decir, con aquella



forma de ver el mundo desde el vacío y la inutilidad de los esfuerzos humanos. Todo lo contrario, el escepticismo es una lucha contra las estrategias de inmunización de aquellos pensamientos “únicos” que tratan de hacer ver que en las actuales tendencias del mercado mundial y la política oportunista ya no hay nada por hacer en la búsqueda de una ética renovada junto a una política moralizada que vaya en pos de mayor justicia social, o un futuro mejor para los débiles y desposeídos.

El escepticismo quiere romper con todo monopolio político de la verdad, aceptando básicamente que todos nos equivocamos para caminar en conjunto hacia la consecución de verdades relativas. El escepticismo punza suavemente con una pregunta: ¿cómo lograr que nuestra sociedad se adapte a los cambios y a un ritmo histórico que combine el movimiento con el reposo, e inserte lo relativo en lo absoluto mediante una sana dosis de incredulidad creativa?

Finalmente, el escepticismo es un antídoto para evitar la intoxicación ideológica, defendiendo la libre concurrencia de puntos de vista, apoyando una sociedad abierta y rechazando el culto a la personalidad de todo líder o promesas dogmáticas para cambiar la sociedad, el Estado y la cultura de golpe y por la fuerza. Nadie tiene una misión ineludible para hacer la revolución a como dé lugar, así como es mucho más saludable un escepticismo para no quedar ciegos frente a las absurdas megalomanías que tontamente quieren hacernos creer que no tenemos limitaciones. Tenemos límites y moriremos tarde o



temprano como pillos, hipócritas o héroes de la conciencia donde nunca habría vencido el absolutismo sino el escepticismo. El escepticismo no es el fin de toda creencia, por el contrario es una manera de reforzar la creencia en uno mismo, es la fuerza de la voluntad y la fidelidad con nuestra conciencia. Solamente de esta forma podemos realmente cambiar y enfrentar verdaderas transformaciones.